

El marxismo en el ideal emancipador cubano durante la República neocolonial

Olivia Miranda

Investigadora. Instituto de Filosofía.

Entre los rasgos que distinguen la evolución del Ideal emancipador cubano en el siglo xx, se destaca el hecho de que, a partir de los años veinte, las nuevas generaciones de revolucionarios encontraron en la obra de José Martí la fuente primigenia de su formación ideológica, y vía desde la cual muchos de sus más significativos integrantes accedieron a las ideas de Marx, Engels y Lenin, al comprender que, en las condiciones históricas en que se desarrolló la República neocolonial, el proyecto nacional liberador y antimperialista martiano podía tener éxito y conducir a la constitución de la nación cubana libre y soberana, si como meta más o menos mediata asumía una proyección socialista.

A la hora de indagar en las raíces más profundas de esta regularidad, presente en la formación de figuras relevantes de la lucha emancipadora, desde Julio Antonio Mella hasta Fidel Castro, resultaría en extremo fructífero develar los puntos de articulación entre el ideario martiano, como síntesis culminadora de las tradiciones cubanas y latinoamericanas más revolucionarias del siglo xix, y las concepciones marxistas y leninistas en tres direcciones fundamentales: los fundamentos teóricos generales del ideal eman-

cipador, el método de conocimiento de la realidad social que Martí elabora, sobre todo a partir de su etapa de madurez ideológica, y el proyecto independentista, antimperialista y anticolonial y el modelo de república al que aspiraba, en sus nexos esenciales.¹

Para quienes la intrincada selva de las ideas martianas devino punto de partida en la iniciación revolucionaria, la teoría de la revolución y el modelo de sociedad resultaron más accesibles en primera instancia que aquellas otras aristas teórico-metodológicas que, no obstante, no dejaron de ser asimiladas en cierta forma, aunque al parecer, de manera fragmentaria, no sistémica, en la misma medida en que fueron comprendiendo la significación en el presente de los geniales descubrimientos martianos.

La comprensión cada vez más profunda del ideario martiano por los revolucionarios que le sucedieron en Cuba en este siglo, fue en sí misma un proceso dialéctico que requirió de la conjunción de diversos factores:

- a) la consumación de la dominación neocolonial en la Isla que dio inicio a la llamada «crisis perma-

La teoría marxista y leninista encontró, en las tradiciones más revolucionarias del pueblo cubano, los asideros imprescindibles para ser asimilada por quienes han encabezado los diversos momentos de lucha, sin ser impuesta artificialmente desde afuera.

nente de la economía», por los años veinte, y su extensión a otras regiones de la América Latina;

- b) la difusión del pensamiento martiano, en buena medida desconocido o tergiversado, gracias a la publicación de sus *Obras completas* que se inicia hacia 1911;
- c) el impacto de la Revolución de Octubre y la divulgación de las concepciones de Marx, Engels, y sobre todo de Lenin, más allá de las fronteras europeas, que propició, como se sabe, el contacto con una teoría y un método capaces de dar respuestas acertadas a problemas que en la época de Martí no se habían desarrollado suficientemente, o no habían surgido aún;
- d) la paulatina constatación de que determinadas ideaciones martianas, aunque diferentes en aspectos esenciales de la concepción materialista de la historia, no resultaban antagónicas en relación con esta, como tampoco lo eran las soluciones propuestas por Martí a ciertos problemas en sus circunstancias históricas respectivas;
- e) la asunción del método marxista de análisis histórico social que permitió una comprensión más profunda de la sociedad contemporánea y en general de la evolución histórica de las ideas y muy especialmente del pensamiento martiano, incluida la relación entre tradición nacional y pensamiento universal, también en lo que respecta a la propia asimilación del marxismo y del leninismo.

El estudio de tal articulación en sus diversos planos y en toda su complejidad, contribuiría a una comprensión más profunda de ciertos rasgos que han caracterizado el proceso revolucionario nacional liberador y su proyección socialista en este siglo, entre los cuales deben destacarse los siguientes:

- a) La teoría marxista y leninista encontró, en las tradiciones más revolucionarias del pueblo cubano, los asideros imprescindibles para ser asimilada por quienes han encabezado los diversos momentos de lucha, sin ser impuesta artificialmente desde afuera, como elemento importante de la autoconciencia teórica.

- b) El pensamiento martiano, como síntesis del ideal emancipador del siglo XIX, devino elemento mediador entre este y los ideales de las etapas que le sucedieron en el camino de la asunción de la concepción materialista de la historia como fundamento teórico metodológico, y en su proyección socialista, en cuyo contexto, las aristas más revolucionarias, sobre todo las contenidas en las ideas de José Martí, continúan teniendo vigencia.

- c) Aunque la difusión y asunción del marxismo y el leninismo no estuvieron exentas de la influencia de diversas concepciones que se manifestaron en rico debate al surgir la III Internacional, en el cual Lenin desempeñó un importante papel esclarecedor, ni de la ulterior etapa en la que prevalecieron tendencias dogmáticas;² el hecho mismo de que fueran los representantes de mayor significación de las corrientes progresistas y revolucionarias —en cuyo seno los marxistas y leninistas desempeñaron un papel de suma importancia, desde Mella hasta Fidel Castro— los que se dieron a la tarea de rescatar y reinterpretar la historia del país y de las ideas, frente a las manipuladoras versiones que respondían a la penetración cultural imperialista, devino factor importante en la lucha, presente en la historia de las ideas socialistas y del primer Partido Comunista de Cuba, por recobrar la esencia creadora de las concepciones de Marx, Engels y Lenin.³

Todo lo expuesto ha de tomarse en cuenta a la hora de buscar las razones por las cuales el ideal socialista ganó la conciencia de las masas populares en Cuba a partir del triunfo del Primero de Enero, a pesar de la propaganda imperialista en su contra y de errores y limitaciones del proyecto revolucionario en diversos momentos de su devenir.

Un estudio a fondo de los nexos articuladores de continuidad y ruptura entre las tradiciones nacionales revolucionarias y el marxismo y el leninismo implica la constatación de la influencia de las ideas martianas en sus colaboradores más cercanos, que asumieron posiciones antimperialistas en las primeras décadas republicanas; la forma en que las generaciones revolucionarias se acercaron a su ideario a partir de los años veinte y su interconexión con la asunción del marxismo y el leninismo; y la delimita-

ción de los momentos en que ese proceso acusa cambios cualitativos apreciables.

El pensamiento de José Martí y el antimperialismo liberal de las dos primeras décadas de la república neocolonial

La presencia de Martí al frente de las fuerzas revolucionarias cubanas en 1898, con toda probabilidad, no hubiera podido cambiar el rumbo del proceso de tránsito de la colonia a la neocolonia, toda vez que este estaba regido por leyes que no podían ser torcidas por la voluntad de los hombres; pero también con toda probabilidad, la plasmación concreta de tales leyes en hechos históricos hubiera sido diferente. En el quehacer martiano se había producido la conversión del antianexionismo tradicional del pensamiento progresista y revolucionario cubano en antianexionismo de fundamentación democrático-revolucionaria; dicho tránsito tuvo que reiniciarse a partir de 1898 en las ideas y la acción de hombres que no poseían ni el genio ni la experiencia y la cultura de Martí, desconocedores en buena medida, además, de las aristas más radicales de su pensamiento.⁴

Lo que del pensamiento martiano lograron aprehender algunos de los colaboradores más cercanos de Martí: Juan Gualberto Gómez, Diego Vicente Tejera, Máximo Gómez o Carlos Baliño sobre todo, y Sanguily, Varona o Cisneros Betancourt en menor medida, influyó sin duda en el rechazo a la injerencia extranjera que se incrementa como respuesta a sus consecuencias inmediatas, al impulso de las cuales se fue abriendo paso, paulatinamente, una comprensión más profunda de las nuevas condiciones históricas, desde dos vertientes político-ideológicas inicialmente distantes entre sí:

- a) La que asumen los intelectuales procedentes de las filas independentistas que se vinculan a la vida política republicana en las diferentes instituciones surgidas entonces, en su mayoría de origen pequeño burgués, imbuidos de las ideas liberales a las que permanecen fieles.
- b) La que sigue el proletariado en y a través de las organizaciones gremiales y sindicales, desde concepciones ideológicas influidas por el reformismo, el anarcosindicalismo y en menor medida por el marxismo, y por la labor esclarecedora de Martí entre los obreros emigrados, desde el Partido Revolucionario Cubano (PRC); en la que no faltaron intentos por fundar partidos obreros, si bien de vida efímera y escasa influencia en las masas trabajadoras del país.

Fueron los intelectuales liberales los que influyeron más directamente en la conformación de la autoconciencia nacional en su plasmación teórica, en

lo que concierne al antimperialismo. Entre los obreros, los sentimientos de este tipo se manifestaron en forma de protestas espontáneas, vinculadas con reclamos sectoriales, sin que faltaran denuncias antinjerencistas y antimperialistas en la prensa proletaria y en los documentos sindicales.⁵

Entre los intelectuales liberales, la evolución del antianexionismo al antimperialismo partió de las denuncias de las violaciones jurídico-políticas como la propia Enmienda Platt, a la constatación de las consecuencias económicas del Tratado de Reciprocidad Comercial y a los intentos por analizar el fenómeno imperialista desde una óptica sociofilosófica. Juan Gualberto Gómez, Sanguily y Varona se destacaron en este empeño.⁶

Correspondió a Carlos Baliño, cofundador con Martí del PRC, y más tarde con Mella del primer Partido Comunista de Cuba, el primer esfuerzo por analizar el fenómeno imperialista en sus fundamentos económicos, desde un enfoque marxista todavía muy insuficiente.⁷ Diego Vicente Tejera señaló, por su parte, que cuando se consumara totalmente la dominación imperialista en Cuba, se haría evidente la necesidad de fundar un partido político proletario.⁸ Julio César Gandarilla llamó la atención sobre la potencialidad revolucionaria de las protestas obreras contra la intervención yanqui y sus ulteriores consecuencias.⁹

En general, prevaleció la tesis liberal de tono positivista de que solo la evolución —crecimiento de la población— y la virtud doméstica eran las vías posibles de oposición a la dominación imperialista. Los representantes más destacados de esta corriente no alcanzaron a comprender la esencia revolucionaria del pensamiento martiano. Entre otros elementos que prueban esto, está el hecho de que, casi sin excepción, se opusieron a la creación de organizaciones políticas obreras y de sociedades por los derechos del negro, por temor a que incitaran acciones de masas que provocaran nuevas intervenciones norteamericanas.

El redespertar de la conciencia nacional: la articulación del pensamiento martiano, el marxismo y el leninismo

Con lo que se ha denominado «redespertar de la conciencia nacional» se inicia el segundo momento en la evolución del ideal emancipador cubano de este siglo. Un conjunto de hechos históricos conducen a un profundo cambio en las ideas, en lo que se refiere también a la influencia del legado ideológico martiano: la celebración en 1923 del Primer Congreso Nacional de Estudiantes —que propicia la fundación de la Universidad Popular «José Martí» al calor de la cordobesa Reforma Universitaria—, y del también primer Congreso Femenino; la escenificación de la Protesta de los Trece, el fracaso del liberal Movimiento de Veteranos y Patriotas y la creación del Grupo Minorista. Dos años más tarde se suman los dos hechos de mayor

Fueron los intelectuales liberales los que influyeron más directamente en la conformación de la autoconciencia nacional en su plasmación teórica, en lo que concierne al antimperialismo.

trascendencia: la fundación de la Confederación Nacional Obrera de Cuba y del primer Partido Comunista de Cuba. Todo ello tuvo lugar en una década en la que se consuma el proceso de absorción imperialista que da inicio a la denominada «crisis permanente de la economía nacional» y que culmina con la revolución antineocolonial de 1933 y su fracaso.

Entre los primeros síntomas del cambio en la esfera de la ideología habría que mencionar el proceso de renovación de los estudios históricos que desde antes habían venido realizando Ramiro Guerra, Fernando Ortiz y Emilio Roig de Leuchsenring, este último profundo estudioso del ideario antimperialista martiano y de las tradiciones ideológicas más revolucionarias, todos desde una perspectiva, objetiva, anticlerical y antimperialista, aunque sin romper definitivamente con la fundamentación liberal positivista que imperaba también en las concepciones historiográficas. De hecho, tal renovación significó un retorno a las concepciones martianas sobre la historia.¹⁰ Pero semejante esfuerzo resultaba insuficiente —al igual que los atisbos de Baliño y las denuncias de Gandarilla—, para producir un profundo cambio de calidad en lo que al ideal emancipador se refiere.

Es Julio Antonio Mella quien da inicio a este nuevo enfoque, caracterizado precisamente por la búsqueda de un nuevo instrumental heurístico al que llega, no obstante, en el propio proceso de rescate del ideario martiano en sus esencias más radicales. «Glosas al pensamiento de José Martí» es uno de los primeros ejemplos del nuevo camino emprendido; y consecuentemente con ello, expresión primigenia de la forma en que, en el ámbito del ideal emancipador cubano, empieza a tener lugar la articulación —como un proceso lógico natural— de las ideaciones martianas más avanzadas, con las concepciones de Marx, Engels y sobre todo de Lenin, en esta centuria. En este artículo de Mella, por otra parte, el lector avezado de nuestros días, puede constatar la existencia de nexos de continuidad y ruptura entre el método histórico-político martiano y la concepción materialista de la historia que el pensamiento de Mella pone en evidencia.

Aun cuando el autor no se detiene en ello, como consecuencia del apego mellista más al espíritu que a la letra de determinadas ideaciones de Martí, no deben haberle pasado inadvertidas: la relación entre lo singular y lo universal en la historia real y en la conformación de las ideas; la asunción crítica de la cultura universal a partir de las raíces propias, orientada a la búsqueda de soluciones propias a problemas propios; los dialécticos atisbos

martianos presentes en sus concepciones en torno al devenir histórico y al progreso; los nexos entre historia y política y sus mediaciones socioculturales, la connotación científica dada a la política revolucionaria y la concepción de las masas populares como sujeto de la historia, la cultura y la revolución.¹¹

El proletariado, que Martí había descubierto en el seno de las masas humildes, como clase indispensable en la lucha nacional liberadora, deviene en Mella núcleo estructural fundamental de las masas populares como sujeto de la revolución —lugar que en tiempos de Martí ocupaba la pequeña burguesía en cuyo seno él mismo se formó—, como consecuencia de su desarrollo como clase en sí y para sí y por la agudización de la contradicción burguesía proletariado en la Cuba del siglo xx, procesos apenas iniciados en los años de preparación de la guerra del 95, aunque conocidos por Martí en su estadía en los Estados Unidos.

En consonancia con las ideaciones martianas, no solo el proletariado tenía que convertirse en una clase culta para poder ganar las batallas que emprendiera en favor de sus conquistas y de la independencia nacional, sino que, además, la revolución tenía como objeto supremo la transformación de la existencia y el propio ser del hombre en una dimensión sociocultural que no podría llevarse a feliz término si el punto de partida del proceso revolucionario no eran los cambios políticos, también en el sentido leninista de la toma del poder político por las fuerzas revolucionarias, como vía de poder ir a la raíz de los problemas sociales y a la apropiación de todos sus datos, con el fin de encontrar soluciones propias a problemas propios. El vuelco sustancial que da la versión cubana de la cordobesa Reforma Universitaria, en las ideas de Mella, es un buen ejemplo de los nexos entre revolución política y transformaciones, socioculturales en el sentido martiano y también marxista,¹² bien lejanos ambos de las tesis liberales tan en boga por entonces.

Para poder ir a la raíz de los problemas sociales de su tiempo, Mella no solo considera indispensable la unidad entre los trabajadores manuales y los intelectuales —que también Martí había procurado en su momento—, la Universidad Popular con el nombre del Maestro es prueba suficiente; sino sobre todo, que estudiantes e intelectuales revolucionarios y obreros, unidos, fueran capaces de rescatar el pensamiento martiano en sus dimensiones más radicales, a la luz de las condiciones históricas concretas de su época; para lo cual la historia

—elemento también fundamental para Mella en su comprensión del presente y la previsión del futuro— y el análisis de la situación nacional e internacional del momento, fueran estudiadas a la luz de la concepción materialista de la historia, teoría con la cual había entrado en contacto, con toda evidencia, ya desde los días del Congreso Nacional de Estudiantes.

«Glosas al pensamiento de José Martí», verdadero esquema del libro que consideraba imprescindible escribir hacia 1926, es expresión del interés de Mella por un enfoque de la sociedad, su devenir y su expresión en las ideas desde una perspectiva marxista, que no fue ajeno a historiadores como Emilio Roig de Leuchsenring, aunque en su caso se trató de una apropiación limitada.¹³

En lo que a la historiografía de su momento histórico se refiere, Mella consideraba que existían dos enfoques erróneos: el de los conservadores que sentían sobre sí todo el peso del pasado y volvían constantemente los ojos hacia atrás en busca de viejos modelos, pues para ellos, solo revoluciones al estilo de la francesa de 1789 podían tener lugar en la sociedad; y el de los que considera ultraizquierdistas, en tanto piensan que la historia comienza con ellos como si no hubieran nacido de madre alguna, con la pretensión de negar todo vínculo con el pasado.¹⁴

Hay un tercer enfoque para Mella, que considera acertado y se propone asumir en su estudio del ideario martiano: el que analiza el juego fatal de las fuerzas sociales y el misterio de la ultrademocrática unidad lograda por el fundador del PRC, entre clases antagónicas —unidad que, con las modificaciones clasistas que los nuevos tiempos exigían seguía siendo un objetivo a lograr en el presente, según Mella—, para alcanzar la liberación nacional.

Es evidente que en la visión de Mella sobre las ideas martianas se produce una inversión del método histórico-político de Martí, desde la perspectiva de la concepción materialista de la historia, aun cuando Mella no insista en ello explícitamente. El Maestro había arribado a la problemática socioeconómica desde un análisis histórico-político de la sociedad norteamericana en comparación con Cuba y la América Latina continental, en los momentos en que se iniciaba el tránsito del capitalismo industrial a su fase monopolística, sin conocimiento de la obra de Marx y sin la necesidad imperiosa e insoslayable de estructurar su proyecto revolucionario —dada su esencia nacional liberadora— sobre la tesis de la existencia de factores económicos determinantes en última instancia, a pesar de lo cual dio importancia a la economía en los procesos históricos, como ningún otro pensador latinoamericano de su tiempo; ni en la lucha de clases como motor impulsor de las transformaciones sociohistóricas, cuya existencia no obstante conoce y estudia sobre todo en los Estados Unidos, en comparación, de nuevo, con Cuba y el resto de la América Latina.¹⁵

Martí podía considerar, a fines de la pasada centuria, que era posible evitar en los pueblos naturales la violen-

cia en los conflictos clasistas que en los pueblos históricos apuntaban hacia la revolución social que, si bien resultaba indeseable a su juicio, si existían otros medios más humanos de alcanzar la justicia social, llegó a considerar casi inevitable en los países más desarrollados. Incluso creyó que tal revolución podría ser necesaria en Cuba y la América Latina si no resultaba factible la puesta en práctica de un modelo de república como el que se había trazado, estructurado sobre las bases de la igualdad social y el respeto a la dignidad plena del hombre.

Mella, en cambio, a la altura de la tercera década del siglo XX, tiene obligatoriamente que partir de las relaciones socioeconómicas y de la lucha de clases, en consonancia con el conocimiento del origen y evolución del capitalismo como sistema mundial, para poder explicarse las consecuencias sociopolíticas engendradas por la implantación de la primera experiencia neocolonial del Continente, dada la subordinación incondicional de las clases que integraban la oligarquía gobernante como instrumento de los monopolios norteamericanos, verdaderos detentadores del poder en la Isla (y la extensión de procesos similares a otras regiones latinoamericanas), cuya coincidencia de intereses con el imperialismo les impedía incorporarse a un proyecto nacional liberador.

En «Glosas al pensamiento de José Martí», Mella insiste en el análisis comparado entre los antagonismos clasistas finiseculares y los de la década del veinte de la actual centuria, para poder develar las causas más profundas del fracaso del programa de Montecristi. No se le escapa —Martí lo había pronosticado en su momento— que la contradicción principal en torno a la cual había que estudiar el estadio presente de la sociedad cubana era la existente entre el imperialismo norteamericano y el pueblo cubano. Numerosos son los trabajos que dedica al estudio de esta problemática: «Cuba, un pueblo que jamás ha sido libre», o «¿Qué es el ARPA?» son buenos ejemplos.

Rubén Martínez Villena insistirá, entre otros artículos suyos, en el que dedica a polemizar con los ideólogos del ABC, en que el hilo conductor de la nueva historia de Cuba, que a su juicio estaba aún por escribirse en 1933, era precisamente el conjunto de contradicciones entre Cuba y los Estados Unidos, tema al que dedicó estudios de la significación de «Las contradicciones del imperialismo yanqui en Cuba y el alza del movimiento revolucionario», o «Cuba, factoría yanqui».¹⁶

La inversión del método histórico-político martiano a que condujo la necesidad de comprender la política en sus fundamentos socio-económicos, no implicó que el antimperialismo y los fundamentos teóricos del mismo en las ideaciones martianas, aunque diferentes estos últimos en aspectos esenciales, resultasen contrariamente antagónicos con la nueva fundamentación marxista y leninista que esta posición ideológica asume en Cuba a partir de los años veinte. Resulta evidente que, por otra parte, la conciencia antimperialista que parte de la obra

La inversión del método histórico-político martiano a que condujo la necesidad de comprender la política en sus fundamentos socio-económicos, no implicó que el antimperialismo y los fundamentos teóricos del mismo en las ideaciones martianas, aunque diferentes estos últimos en aspectos esenciales, resultasen contrariamente antagónicos con la nueva fundamentación marxista y leninista que esta posición ideológica asume en Cuba a partir de los años veinte.

martiana había calado hondo en la nueva generación revolucionaria. No fue casual que el líder del nacionalismo revolucionario de este momento en Cuba, Antonio Guiteras, raigalmente antimperialista, no tardara en poner en práctica por primera vez en nuestra historia la intervención de una empresa de servicios yanqui como la eléctrica, durante su breve paso por la Secretaría de Gobernación en el centro-derechista gobierno de Batista y Grau San Martín, en 1934, del cual fue ala radical, sin que en realidad pudiera cambiar su esencia reaccionaria.¹⁷

Otras figuras que se destacaron precisamente en el proceso revolucionario antimachadista y antimperialista de 1933, habían recibido la influencia martiana desde la cual acceden al antimperialismo de fundamentación marxista y leninista. Pablo de la Torriente Brau y Raúl Roa son expresión de este proceso.¹⁸

Dentro de este mismo grupo que se proyecta a la vida política nacional a partir de la lucha contra la tiranía machadista, se destacan Blas Roca y Carlos Rafael Rodríguez, quienes también acceden a la ideología del proletariado desde el antimperialismo martiano, para vincularse a lo largo de toda su vida al partido de la clase obrera, y cuya actuación se prolonga, como en Roa, hasta después del triunfo del Primero de Enero de 1959. Juan Marinello fue sin duda el enlace entre la generación de marxistas y leninistas cubanos que encabezaran Mella y Villena y esta nueva hornada a la que también se incorpora desde su ya consolidada personalidad literaria nacional y continental, para devenir ejemplo vivo de la articulación del pensamiento martiano con las concepciones de Marx, Engels y Lenin ante sus más jóvenes compañeros de brega revolucionaria.

Luego de la brutal represión a que fue sometido el movimiento obrero y revolucionario bajo la dictadura batistiana (de la cual la derrota de la huelga general de 1935 y el asesinato de Guiteras fueron eslabones claves), como consecuencia del movimiento de masas que se vertebra en torno a consignas como la amnistía a los presos políticos, el apoyo a la República española y la convocatoria a una Asamblea Constituyente, en el contexto internacional de la lucha contra el

fascismo en el que la Unión Soviética desempeñó un papel fundamental, el movimiento obrero unitario y el primer Partido Comunista de Cuba vivieron por única vez en su historia republicana un período de lucha legal.¹⁹

En tales circunstancias, el debate ideológico se incrementó en la misma medida en que el imperialismo norteamericano arreció la ofensiva propagandística orientada hacia una penetración cultural más profunda y efectiva. A partir de 1948, una nueva etapa, la de la llamada «guerra fría», se hizo sentir en el ámbito nacional y con el violento asalto a la Central de Trabajadores de Cuba (CTC) —fundada en 1939— y sus sindicatos se reinicia un nuevo período de persecuciones que con el golpe militar del 10 de marzo alcanzaría una violencia brutal. Luego del asalto al Cuartel Moncada tendría lugar la ilegalización oficial del partido de los comunistas y en general de todas las agrupaciones revolucionarias.²⁰

En toda esta compleja y cambiante situación, el rescate del ideario revolucionario precedente y la reinterpretación de la historia de Cuba, muy especialmente del pensamiento de José Martí, ocuparon un importante lugar en el debate ideológico, en el que se destacan figuras claves de la lucha político revolucionaria de estos años.

En Juan Marinello se expresa la articulación del ideario martiano y las concepciones marxistas y leninistas en un intelectual plenamente formado bajo la influencia de Martí, precedente, además, de esa burguesía que en Cuba no fue capaz, como clase, de expresar los intereses nacionales en el ámbito de la república neocolonial; por lo cual, su evolución ideológica es expresión cimera del impacto de las ideaciones martianas en las nuevas circunstancias históricas, en un proceso que transcurre no sin un desgarrante pase de cuentas a otras influencias con las que rompe definitivamente para convertirse, hasta su muerte, en un fiel defensor de los intereses y la ideología del proletariado.

En el poeta, ensayista y profesor universitario que era Marinello, al entrar en contacto con el marxismo y el leninismo, la reinterpretación del legado martiano avanza desde su interés por la ética y la estética, desde el

Martí escritor, hacia el Martí hombre político, camino que dio como resultado una visión totalizadora, en la cual las ideas revolucionarias se destacan como elemento integrador por excelencia de la obra escrita y de la actividad práctica, de la vida de quien, como Marinello mismo y como Rubén Martínez Villena, fue capaz de anteponer al oficio de escritor la misión libertadora de su pueblo que libremente había escogido; *Martí escritor americano* es el mejor ejemplo.²¹

Blas Roca y Carlos Rafael Rodríguez, como Mella y Baliño, ejemplifican esta articulación entre el pensamiento martiano y la ideología del proletariado, como proceso lógico natural, vertiginoso y sin desgarramientos internos, en hombres procedentes de las capas populares, proletariado y pequeña burguesía tempranamente incorporados al proceso revolucionario antimachadista. No casualmente, por tanto, penetrarán en la obra martiana desde una perspectiva esencialmente político social que le permite acceder a otras aristas de su ideario. En este contexto, ambos se interesan como Mella en los aspectos teórico-metodológicos para el análisis del pensamiento martiano y la historia de Cuba desde la perspectiva de la concepción materialista de la historia, y en los nexos del proyecto revolucionario del fundador del PRC con el que por entonces habían elaborado los comunistas cubanos, para demostrar que eran sus herederos inmediatos y que la liberación nacional en las nuevas condiciones históricas, podría conservarse una vez alcanzada, solo si no se detenía el proceso de transformaciones que necesariamente tendría, en algún momento, que proyectarse hacia el socialismo.

Los fundamentos del socialismo en Cuba, de Blas Roca, publicado por primera vez en 1943, ha sido considerado como un importante paso de avance en la interpretación de la historia y el presente cubanos en la que se evidencian los nexos articuladores de continuidad y ruptura del marxismo y el leninismo y el pensamiento de José Martí con el que se inicia la formación ideológica del autor. Los estudiosos del tema han señalado numerosos aportes en esta obra que, sin pretensiones académicas, destinada al trabajo ideológico entre los militantes comunistas, el movimiento obrero y en general a las masas populares, no hacía concesiones en cuanto al rigor teórico, aun cuando no estuvo exenta de apreciaciones que estudios posteriores del autor y de otros intelectuales marxistas han modificado.²²

Entre esos aportes habría que señalar la delimitación y uso del concepto de subdesarrollo que, para Blas Roca, expresaba la situación en los países en los cuales las inversiones imperialistas han traído como consecuencia la frustración del desarrollo industrial; por lo cual, en contra de lo que pretendían hacer ver las oligarquías gobernantes en América Latina y los intelectuales a su servicio, no habían constituido un elemento de progreso.

De hecho se trata del enfoque, en nuevas circunstancias históricas, de las advertencias martianas sobre las posibles consecuencias para los pueblos latinoamericanos de la coexistencia de dos mundos desiguales en cuanto a estadios de desarrollo, en cuyo seno los pueblos naturales resultaban dominados por los históricos, si no se alcanzaba la unidad y la independencia económica de los primeros, se acortaba la distancia sociocultural que los separaba, y si la revolución en Cuba y Puerto Rico no convertía a estas islas en un valladar infranqueable para el expansionismo norteamericano. El nuevo enfoque de esta problemática contaba a su favor, en 1943, con la experiencia histórica, la teoría marxista de la formación del capitalismo aplicada por Lenin al análisis de su fase superior cuando ya había madurado, todo lo cual contribuía a demostrar la genialidad del alerta martiano.

Blas Roca contribuye con esta obra a la profundización del estudio de la estructura de clases de la sociedad cubana de la época y sobre sus posiciones con respecto a la dominación imperialista. Pero, además, al analizar el neocolonialismo en sus determinaciones socioeconómicas, insiste en develar los nexos de estas con la situación política existente en los países subdesarrollados del Continente.

En antológico discurso pronunciado en 1948 con motivo del natalicio de José Martí, Blas Roca se empeña en la demostración de los elementos de articulación entre el proyecto nacional liberador martiano y el de los comunistas. Entre los aspectos de mayor significación de «Martí, revolucionario radical de su tiempo» habría que destacar el conjunto de presupuestos metodológicos que el autor señala para su estudio del pensamiento martiano y de su labor práctico-revolucionaria que permiten seguir —sin que Blas Roca deje explícitamente expuesto un interés especial en ello— algunos puntos de contacto entre el método histórico político martiano y la concepción materialista de la historia.²³

Tal es el caso cuando el entonces Secretario General del Partido Socialista Popular (nombre que asume el primer Partido Comunista de Cuba en 1944), desde 1934 hasta 1962, afirma que el hecho histórico y sus protagonistas deben ser estudiados teniendo en cuenta las condiciones de lugar y tiempo en que acaecieron o actuaron, si de lo que se trata es de analizar con profundidad un momento del devenir histórico con el objetivo de derivar del mismo experiencias aplicables en el presente; con lo cual se daba a la tarea de refutar las aseveraciones de ciertas tendencias conservadoras en la interpretación de la historia, que defendían la validez de propuestas formuladas en etapas anteriores como fórmulas eternamente aplicables a la solución de problemas en el presente. El pasado, para Blas Roca, por el contrario, puede aportar solo lineamientos generales para la actividad práctico-revolucionaria. La historia

es para Blas Roca, como para Martí y Mella, y para Marx y Lenin, un proceso irreplicable, toda vez que los problemas a los que el hombre se enfrenta en cada época y lugar resultan diversos fenoménicamente, aunque sean plasmaciones coyunturales de las leyes que rigen el desarrollo social en cada fase de su evolución o de aquellas que tienen un alcance más general. Los cambios de lugar y tiempo, a su juicio, determinan modificaciones en los procesos históricos.

Se opone, por último, Blas Roca, a quienes pretendían establecer barreras infranqueables entre las diversas etapas de la lucha por la liberación nacional, que considera un proceso unido por nexos de continuidad y ruptura.

Los comunistas cubanos, en opinión de quien fuera el Secretario General de su partido durante tres décadas, eran herederos del legado ideológico martiano, por el empeño en dar cima al proyecto nacional liberador, antimperialista y anticolonial que el fundador del PRC elaboró a fines de la pasada centuria, y porque ambas organizaciones habían sido las más revolucionarias en sus respectivas circunstancias históricas.

Tal vez es en la obra escrita de Carlos Rafael Rodríguez donde pueda verse más claramente el proceso de articulación entre el pensamiento martiano y el marxismo y el leninismo, entre otras razones, porque sus incursiones en esta temática han tenido lugar en tres momentos bien significativos de su vida: entre 1930 y 1935, cuando sucesivamente se produce su ingreso en el Directorio Estudiantil de 1930 en su natal Cienfuegos y en el Partido Comunista de Cuba a su arribo a la capital; en 1953, cuando la dictadura batistiana intenta utilizar la figura de Martí para legitimar su régimen de facto, en momentos en que la Generación del Centenario encabezada por Fidel Castro se daba a conocer como nueva fuerza política; y en la década del setenta, cuando la generación de Carlos Rafael Rodríguez se daba a la tarea, bajo la dirección también de Fidel Castro, de la construcción de una nueva sociedad.²⁴

Entre los artículos juveniles y el texto de 1953, Carlos Rafael Rodríguez publica dos ensayos en los que se pone en evidencia la madurez alcanzada en la comprensión de la teoría y el método marxista en el sentido apuntado por Engels y Lenin como guía para la acción. Se trata de «El marxismo y la historia de Cuba» (1943) y «El tesoro de nuestras tradiciones ideológicas» (1949).²⁵ Las armas teórico-metodológicas de las que ya se ha apropiado plenamente, impelido por una iniciación ideológico-revolucionaria en la que mucho habían tenido que ver las lecturas de la niñez y la adolescencia de los textos martianos, le sirven para un nuevo enfoque de sus ideas a la luz de los acontecimientos de este siglo; razón por la cual es posible hoy percibir nexos entre una y otra fuente de sus ideaciones que quizás no fue su intención, al menos explícita, develar.

En la misma línea de reflexión que se abre en la República neocolonial con *Los fundamentos del socialismo en Cuba*, Carlos Rafael Rodríguez expone en «El marxismo y la historia de Cuba» un conjunto de ideas en torno a la interpretación marxista de la historia nacional entre las cuales resultan particularmente interesantes las siguientes:

- a) La crítica a la tendencia apologética que elude los matices diferenciadores entre corrientes ideológicas y figuras importantes, en aras, bien de oponerse a todo lo español, o bien para escamotear la significación de las posiciones revolucionarias frente a las conservadoras; y a la tendencia iconoclasta porque, aun cuando propició ataques audaces a todo lo convencional, al fundamentarse en tesis exageradas, sus cultores resultaron incapaces de ver el efecto progresista de ciertas instituciones injustas en sí mismas, o de personajes históricos de contradictoria y compleja trayectoria. En ambas tendencias, la limitante común fue la índole idealista de los fundamentos teórico-metodológicos en que se sustentaron.
- b) Para Carlos Rafael Rodríguez, como para los renovadores de los estudios históricos en este siglo,²⁶ la objetividad en el análisis y la búsqueda de la verdad constituyen objetivos básicos de la crítica histórica. La asunción de las tesis marxistas sobre lo económico como factor determinante en última instancia y la lucha de clases como motor del devenir, perseguían precisamente la objetividad de la verdad y no implicaban el desconocimiento del papel de los ideales patrióticos en figuras que, como Céspedes, defendían la independencia nacional y sus intereses clasistas coincidentes por entonces, problema que conduce necesariamente a una importante arista de la tradición cubana: el papel de la subjetividad — espiritualidad — humana en los procesos revolucionarios, tan cara a Varela y a Martí, en el primero para oponerse a la escolástica, y el segundo, contra las concepciones social-darwinistas. En opinión de Carlos Rafael Rodríguez, para el marxismo, la posibilidad de que los hombres actúen sobre la estructura social devenía fundamento de la teoría de la revolución.
- c) De no haber sido por la actuación de los hombres del 68 la causa de la independencia no hubiera avanzado, porque las necesidades económicas no producían acontecimientos históricos. El hombre, insertado en determinadas clases, era el sujeto de la historia y de la revolución. Los acontecimientos históricos y sus actores tenían que ser vistos en el conjunto histórico a que pertenecieron, pues no significaba lo mismo la esclavitud a fines del siglo XVIII que en las postrimerías del siglo XIX.

Con «El tesoro de nuestras tradiciones

ideológicas», el espectro de la concepción materialista de la historia se abre hacia el estudio de la evolución de las ideas en dos aspectos esenciales:

- a) La necesidad del debate filosófico con vistas a refutar las posiciones antimarxistas como parte de la preparación ideológica de las masas para la lucha por la liberación nacional. Hasta tanto se escribieran obras de divulgación de la teoría marxista, debían publicarse, con las acotaciones, rectificaciones y explicaciones que exigiera el ulterior desarrollo de los conocimientos, las obras de los grandes pensadores cubanos del siglo XIX, objeto también de las tergiversaciones burguesas en sus aristas más avanzadas, desde posiciones fideístas, irracionalistas y espiritualistas, con el fin de convertirlas en antecedentes de tales corrientes y, con ello, hacer aparecer al marxismo como corriente destructora de las tradiciones nacionales, en momentos en que el imperialismo se proponía incidir culturalmente incluso en las costumbres populares para influir negativamente en el ser del cubano y propiciar la pérdida de su carácter nacional.
- b) Crítica a la asunción de determinadas corrientes filosóficas asumidas acríticamente con el único fin de estar a la moda, y la índole contraria a la tradición nacional de tales posiciones, hijas de la ignorancia de la historia de la filosofía y de la forma en que las grandes figuras del pensamiento cubano del siglo XIX se plantearon asimilar críticamente el pensamiento universal en sus manifestaciones más avanzadas, con el fin manifiesto de que sirvieran de punto de partida para la búsqueda de soluciones propias a problemas propios.
- c) Los marxistas tenían la obligación de aprovechar el rico arsenal ideológico de las tradiciones progresistas nacionales en la elevación de la cultura de las masas populares, e impedir que se despojara al pensamiento cubano de los valores que se han ido formando a lo largo de un siglo, para sustituirlos por criterios radicalmente opuestos; sería un gran error pensar que los millones de personas que están condenadas a la ignorancia en la sociedad moderna, pueden librarse del analfabetismo o los prejuicios solo con una educación puramente marxista.

No resulta necesario insistir, a esta altura del análisis que hemos venido realizando, cuáles aristas del pensamiento martiano están expresadas de forma evidente en tales puntos de vista de Carlos Rafael Rodríguez. Al comentar el proceso mediante el cual se apropia del pensamiento martiano y lo analiza en sus artículos juveniles y en 1953, algunos elementos de articulación tendrán que ser mencionados.

En los escritos juveniles en los cuales Carlos Rafael Rodríguez hace referencia a las ideas martianas,²⁷ además de la influencia estilística, se hace evidente

el interés del joven, recién iniciado en la vida revolucionaria, por las ideas político-sociales de Martí en los temas que elige: la concepción de la política, en sus vínculos con la cultura; la distinción entre revolución política y social, la crítica al sistema partidista en Cuba y la necesidad de crear un partido de nuevo tipo; la esencia realista de la política; la delimitación entre la vía no violenta de acceder a una sociedad donde prime la justicia social en favor del proletariado y la revolución —para Carlos Rafael Rodríguez ya desde entonces esa sociedad no era otra que la socialista—; el carácter antimperialista y anticolonial del proyecto revolucionario; el enjuiciamiento del autonomismo y el anexionismo como corrientes reaccionarias y antinacionales; la previsión martiana sobre su posible resurgimiento en la República; la índole mestiza como rasgo esencial de la cultura latinoamericana; el latinoamericanismo como complemento del antimperialismo; la índole unilateral del desarrollo en los países capitalistas y sus consecuencias contrarias a un progreso multilateral armónico de hombres y pueblos.

Cuando en 1933, a propósito de la fundación del Grupo «Ariel» entre los jóvenes cienfuegueros con inquietudes intelectuales y revolucionarias,²⁸ Carlos Rafael Rodríguez vuelve sobre las ideas martianas en una suerte de análisis comparativo con las de José Enrique Rodó, ocupa su atención el vínculo entre ética y política. Considera que el valor de las obras de Rodó —una de las cuales da nombre al grupo— radica en la defensa que el gran intelectual uruguayo hace de la libertad espiritual humana, subyugada en el mundo moderno por una civilización maquinizada y metalizada, y el llamamiento a los jóvenes a empeñarse en el logro de esa libertad mediante una acción transformadora de la realidad; en definitiva se trata de planteamientos similares a la concepción martiana del progreso. Pero a diferencia de Martí, Rodó toma como modelo de sociedad a imitar para la América Latina el mundo griego, en una abierta actitud de vuelta al pasado, cuya fórmula de equilibrio era ya imposible de aplicar en el continente. Por ello reclama Carlos Rafael Rodríguez la mirada honda y enjuiciadora de José Martí para demostrar lo erróneo del intento de enmarcar el mundo latinoamericano en los hábitos coloniales y su enjuta economía y de concebir la moralidad humana en los términos de la caridad cristiana.

Son estas las razones que inducen al fundador del Grupo «Ariel» a considerar que los ideales valorativos de Rodó eran aprovechables únicamente como resortes de la acción, pero no como guía, en tanto resultaban una vuelta al pasado en aspectos superados por los nuevos tiempos. La función de guía de las nuevas generaciones en la América Latina correspondía a José Martí, porque se imponía una visión que, partiendo de la filosofía de la historia, demostrara que cada segmento de la sociedad ha tenido sus marcos privativos; era necesario comprender, siguiendo a Martí, nuestra edad, puntualizando precisamente lo que nos separa del

Fidel Castro fue capaz de comprender que gracias a la existencia del socialismo en la URSS, la correlación de fuerzas era favorable para el triunfo de una revolución que no podía inicialmente, no obstante, poner en evidencia su ulterior desarrollo socialista ni renunciar a él, confiado en la tesis de que la propia revolución conduciría al esclarecimiento ideológico de las masas populares que debían asumir su dirección.

mundo antiguo. Como Martí, Carlos Rafael Rodríguez consideraba que el punto de partida para analizar la relación del hombre con el mundo —punto de vista esencial del marxismo también— tenía que ser el nexo práctico transformador; no era posible una actitud meramente contemplativa, porque ello implicaba la no intervención del hombre en el curso de la historia.

Por último, afirmaba por entonces el joven ensayista cienfueguero que la liberación del hombre cubano y latinoamericano tenía como condición la eliminación del vasallaje social y espiritual. Por ello el guía del Grupo «Ariel» sería José Martí.

En «Martí, guía de su tiempo y anticipador del nuestro»,²⁹ Carlos Rafael Rodríguez se propone destacar la vigencia de las ideaciones martianas más avanzadas en la nueva etapa de la lucha por la liberación nacional, y las razones por las cuales ello se produce. Entre las mismas señala las siguientes: Martí fue en su momento el portador de las soluciones más revolucionarias a los problemas del país; consideró que la lucha por la independencia nacional no era más que la forma inicial a la que seguirían otras batallas.

Argumentó convincentemente Carlos Rafael Rodríguez contra las ideas de quienes, llenos de buenas intenciones, querían ver en Martí un socialista, o se empeñaban en adivinar qué hubiera hecho en las circunstancias históricas del siglo xx; toda vez, que, a su juicio, de haber sido un hombre de su tiempo le venían a Martí su grandeza y las limitaciones que un análisis marxista no tenía por qué ocultar, como no lo había hecho Martí con quienes le precedieron en la contienda libertadora en Cuba y en la América Latina.

Se opone el autor de «Martí, guía de su tiempo y anticipador del nuestro», a ver la articulación entre el pensamiento martiano y las concepciones marxistas y leninistas como identificación de objetivos y fines, por ser esta una interpretación no solo contraria a la concepción materialista de la historia y a las propias ideaciones martianas, sino además ahistórica, porque tal identificación conducía a verlo como organizador de una revolución clasista cuyo momento no había llegado aún para la Cuba finisecular —hecho por demás comprendido por Martí en su momento—; insiste Carlos Rafael Rodríguez en restituirle a las

capas medias latinoamericanas la potencialidad revolucionaria que las peculiares condiciones de la sociedad, en especial la ausencia de un proletariado convertido en clase para sí, le habían impuesto. El gran mérito de Martí, y de Maceo, a su juicio, estuvo en la capacidad de vencer las incongruencias de la pequeña burguesía.

No escapó al autor del ensayo que comentamos, a la hora de enumerar los elementos articuladores del ideario martiano con la teoría marxista y leninista, la esencia netamente popular de su proyecto liberador, en tanto no se proponía Martí entregar el poder a la burguesía y los terratenientes, si bien la revolución no podía concebirse por entonces bajo la dirección del proletariado, por el grado de desarrollo que este había alcanzado en Cuba, y porque no fue hasta 1905 que Lenin, luego de la experiencia en Rusia, estuvo en condiciones de plantear la hegemonía de la clase obrera en una revolución democrático-burguesa.

Por otra parte, destaca el hecho de que las posiciones martianas hacia la clase obrera no pueden ser identificadas con la óptica de la burguesía, ni la de los que en el seno de las capas medias temían el crecimiento de la conciencia proletaria. Martí se había adherido a las protestas obreras y fue autor de una política dirigida a la satisfacción de aquellas demandas que consideraba justas, aunque no alcanzó a asumir la posición de un dirigente del proletariado.

Ello no disminuye en nada su talla de revolucionario, pues su tarea era la de alcanzar la independencia, y en esta otorgó a la clase obrera un papel principal como integrante del sujeto de la revolución. Pero, sobre todo, es su vertical posición antimperialista, también a juicio de Carlos Rafael Rodríguez, lo que hace de Martí un líder revolucionario del siglo xix más cercano a nuestro tiempo, pues aunque no podía desentrañar la esencia última del fenómeno que apenas se iniciaba (como le fue posible hacerlo a Lenin varias décadas después, poseedor como era del método marxista), pudo Martí alertar genialmente a los pueblos latinoamericanos del peligro que sobre ellos se cernía, en el contexto de una teoría revolucionaria que por ello mismo mantiene su vigencia aun hoy en la América Latina.

José Martí: autor intelectual (a modo de conclusiones)

En el discurso que Fidel Castro pronunció con motivo del centenario del natalicio de Lenin, afirmaba:

Hay que decir que el desarrollo del pensamiento revolucionario estuvo influido fuertemente por las tradiciones de nuestro país... por la historia de nuestro país, por las luchas emancipadoras de nuestro país. Y puede decirse que la concepción que inspiró la estrategia revolucionaria que dio lugar al triunfo de 1959 fue precisamente la unión, la hibridación de una tradición, de una experiencia peculiar de nuestro país con las ideas del marxismo y del leninismo.

Un país sin las tradiciones de Cuba y sin la historia de Cuba, no habría podido arribar en esa fecha a un triunfo de esta naturaleza, a un avance de esa naturaleza. Pero un país con las tradiciones de Cuba, sin las concepciones esenciales del marxismo-leninismo —sobre todo en una serie de cuestiones fundamentales— no habría podido tampoco, de ninguna manera, arribar a un paso de avance semejante.³⁰

Como se afirmaba en «El leninismo en *La historia me absolverá*»,³¹ la especificidad creadora de la asunción del leninismo en Fidel Castro, consiste precisamente en la articulación del ideario martiano y el marxismo y el leninismo en sus determinaciones esenciales.

Del mismo modo podría afirmarse que la singularidad de la apropiación de las más revolucionarias ideaciones martianas radica en la concepción del núcleo central que condiciona la síntesis que Martí realiza a fines de la pasada centuria entre lo mejor de las tradiciones nacionales y continentales, y lo más avanzado del acervo cultural de la humanidad que alcanzó a conocer y estuvo en condiciones de asimilar creadoramente: el problema de los nexos entre lo universal y lo singular en los procesos históricos reales y en su representación ideal.

Por ello mismo, entre otras razones, tal síntesis resulta antecedente de la que el propio Fidel Castro lleva a cabo a mediados de esta centuria, la que le permite realizar, en condiciones nacionales e internacionales muy difíciles, la revolución nacional liberadora proyectada por Martí, desde una nueva perspectiva táctica y estratégica, acorde con las nuevas circunstancias históricas, que exigían su ulterior proyección socialista.

En medio de las consecuencias que la «guerra fría» y el «macartismo» generaron en el país: desvertebración del movimiento obrero y revolucionario; ofensiva ideológico-cultural imperialista que logra generalizar en el seno de las masas populares el fatalismo geográfico, Fidel Castro fue capaz de comprender que gracias a la existencia del socialismo en la URSS, la correlación de fuerzas era favorable para el triunfo de una

revolución que no podía inicialmente, no obstante, poner en evidencia su ulterior desarrollo socialista ni renunciar a él, confiado en la tesis de que la propia revolución conduciría al esclarecimiento ideológico de las masas populares que debían asumir su dirección. Todo ello implicó un profundo análisis de la coyuntura política nacional e internacional y del proceso histórico cubano y universal, cuya identificación con el método marxista de análisis niega las raíces heurísticas martianas.

La evidencia de que ambas fuentes teóricas se articulan creadoramente está presente en un texto de tanta significación como *La historia me absolverá*, incluso en la cuidadosa forma en que el contenido marxista y leninista del análisis elude el lenguaje tradicional de los comunistas en Cuba y en América Latina, con la misma cautela con que Martí en su momento abordó la problemática antimperialista en su proyecto.

Todo ello permite afirmar que con el asalto al Cuartel Moncada se inicia, en el contexto de la evolución del ideal emancipador cubano, un tercer momento de cambios también en lo que se refiere a la articulación entre tradiciones nacionales y la ideología del proletariado. Aun cuando con toda razón se ha dicho que ni Mella ni Villena pueden ser considerados como mediadores entre el ideario martiano y el marxismo y el leninismo, en el pensamiento de Fidel Castro, toda vez que su formación ideológica transitó por caminos propios;³² no hay que olvidar que ese proceso formador transcurrió en momentos de aguda lucha ideológica, que se inicia luego de un proceso similar en las figuras que le habían precedido; formaba parte del medio ambiente histórico cubano del momento y tuvo en la Universidad de La Habana y en el seno de las organizaciones políticas de oposición una repercusión palpable, en momentos en que Fidel Castro era dirigente estudiantil en la colina y formaba parte de la dirección de la Juventud Ortodoxa. En alguna medida los éxitos, limitaciones y errores de las fuerzas revolucionarias en esa etapa y su análisis pasaron a formar parte de la experiencia de Fidel Castro y deben haber influido en cierta forma en la elaboración de su propio proyecto, en el mismo sentido en que Martí, en su momento, sometió a crítica las luchas precedentes.

De una forma u otra, en *La historia me absolverá* se expresan los rasgos esenciales que caracterizan este nuevo momento en la evolución del ideal emancipador y la forma en que la experiencia de etapas precedentes contribuyen a que la articulación entre tradición y pensamiento universal se proyecte de forma más efectiva en la concepción misma de la revolución en aspectos de similar importancia:

- a) Como le ocurrió a Martí en relación con el reformismo, el anexionismo y el movimiento independentista, Fidel Castro comprendió que la nueva fuerza revolucionaria tenía que ganar espacio con actos y no con palabras, y debía surgir sin compromisos con las organizaciones políticas tradicionales, incluido su propio partido, y de

forma independiente del Partido Socialista Popular (pues aunque este había mantenido una ineludible posición antimperialista, estaba diezmado por la represión, desvinculado, por la fuerza, del movimiento obrero, aislado de las masas por la propaganda imperialista) y porque de esa forma mantendría la necesaria libertad de acción que ciertas concepciones preestablecidas le hubieran obstaculizado, además de la necesidad de impedir que la reacción imperialista se iniciase a destiempo.

- b) También como Martí, la nueva fuerza revolucionaria debía elaborar un proyecto revolucionario lo suficientemente amplio y movilizador, en aras de unir a todos los sectores sociales capaces de enfrentarse a la dictadura, sin exclusiones sectarias y que la lucha misma los condujera a asumir posiciones antimperialistas. Semejante programa debía dejar abiertas las puertas hacia una ulterior etapa socialista, como única garantía del mantenimiento de la libertad y la soberanía y el propio desarrollo de la revolución.
- c) Fidel Castro comprendió que la revolución se iniciaría en verdad cuando se derrotara a la tiranía batistiana y, como Martí, sabía que en el proyecto insurreccional mismo tenían que estar en ciernes las bases de la nueva sociedad. La estructura socialista del sujeto de la revolución excluía intencionalmente a todo receptor de plusvalía, y las leyes revolucionarias a implantar de inmediato garantizaban la culminación de la martiana revolución nacional liberadora.³³ Su gran aporte, entre otros, radicó en la concepción de que la primera y segunda fase de la revolución debían transcurrir ininterrumpidamente bajo la misma dirección revolucionaria.
- d) La participación del proletariado —que Martí consideró factor primordial de la revolución— en el proceso nacional liberador en un país neocolonial y subdesarrollado, fue concebida por Fidel Castro desde una concepción profundamente dialéctica que tuvo en cuenta las peculiaridades nacionales, y su garantía esencial estaba dada por el hecho de que la dirección revolucionaria había asumido el marxismo y el leninismo como ideología junto a lo más radical de las tradiciones nacionales y por la participación directa de los obreros en la lucha en la Sierra y en el llano. Aunque al producirse el asalto al Cuartel Moncada no estaba constituida aún una organización revolucionaria, la insurrección contaba con la incorporación de las masas populares desde sus inicios mismos, del mismo modo que proyectaba la unidad con otras organizaciones revolucionarias de la cual el

Ejército Rebelde fue gestor principal. Las lecciones del fracaso de la Revolución de 1933 fueron asimiladas plenamente.³⁴

- e) La lucha armada en las montañas, con la incorporación del campesinado pobre y los obreros agrícolas, en conexión con un movimiento revolucionario debidamente organizado, capaz de impulsar la lucha en las ciudades y de facilitar los recursos necesarios para desarrollar la guerra revolucionaria con el concurso económico de las masas populares, tuvo también en las tradiciones revolucionarias del pueblo cubano, especialmente en la concepción de la revolución de José Martí, una fuente de inspiración, aunque adecuada a las nuevas condiciones históricas.

Se ha dicho, con razón, que en *La historia me absolverá* se plasman creadoramente los elementos esenciales de la teoría leninista de la revolución, entre ellos la denominada «ley fundamental»³⁵: que «los de abajo» no quieran, y «los de arriba» no puedan seguir viviendo a la antigua; toda vez que Fidel Castro había comprendido que:

- a) por quedarse sin salida después del 10 de marzo, sería imposible para el pueblo seguir viviendo, por lo cual tenía más cerca que nunca la salida;
- b) pese a la inercia coyuntural y el retraso de la conciencia política, era posible que las masas comprendieran la situación existente si se encontraba el medio de crear una crisis gubernamental capaz de arrastrar a las masas más atrasadas a la lucha: el Moncada;
- c) conseguir el enfrentamiento del pueblo a la dictadura como tal y abrir brechas a cambios más profundos, más allá de la vuelta a la vieja normalidad;
- d) la concepción de un programa que respondiera a las exigencias históricas, llevando el empeño revolucionario a su punto máximo sin sobrepasar lo que permitían las concepciones objetivas y subjetivas;
- e) la aplicación creadora, adecuada a las condiciones internas y externas, de la tesis del eslabón más débil.

Se ha insistido, además, en la original forma en que Fidel Castro interpretó la tesis leninista de la necesidad de que en la lucha misma pudiera concientizarse al ejército de modo de incorporar parte de este a la revolución, al romper en el caso cubano con la idea de que una revolución podía hacerse con el ejército o sin él, pero nunca en contra,

de lo cual el propio juicio del Moncada y más tarde la actitud hacia las fuerzas armadas en la Sierra, fueron plasmaciones concretas³⁶.

No resulta imprescindible —aunque sin duda sería interesante y útil— un estudio comparado entre lo que hay en *La historia me absolverá* de la teoría de la revolución de Martí y de Lenin, en lo que a puntos comunes, y sus diferencias, por supuesto, se refiere, para concluir en que era perfectamente posible una articulación coherente entre ambas concepciones, en tanto se complementaban, para dar respuesta a las necesidades que la situación histórico-concreta de mediados de este siglo planteó en Cuba a la generación revolucionaria del Centenario del natalicio de José Martí, encabezada por Fidel Castro; siempre y cuando, la apropiación de los elementos de una y otra se hiciera con el espíritu crítico y creador que el propio Martí exigía como condición necesaria a la hora de asimilar lo más revolucionario de las tradiciones nacionales y del acervo cultural de la humanidad.

Sin duda fue ese el espíritu que animó al autor de *La historia me absolverá* en la elaboración del proyecto revolucionario en sus elementos tácticos y estratégicos fundamentales y en sus objetivos y fines inmediatos y mediatos, como culminación de un proceso que, iniciado por la generación del veinte con Mella y Villena a la cabeza, hizo posible que el marxismo y el leninismo encontraran en las tradiciones revolucionarias nacionales, los asideros necesarios para que en la misma medida en que sus lineamientos generales pasaron a formar parte del ideario revolucionario, al ser asumidos por la parte más consciente entre quienes devinieron sujeto de la revolución, pudieran enraizarse en la cultura nacional, reflejándose en la conciencia popular mediante la identificación de la existencia de la nación libre y soberana con el proyecto socialista a cuyas conquistas el pueblo cubano, en su mayoría, no está dispuesto a renunciar hoy.³⁷

Elementos claves de las ideaciones martianas no debieron pasar inadvertidos para Fidel Castro: el papel de la historia y del conocimiento del estadio presente de los pueblos en el contexto de una época determinada como fundamento de una política revolucionaria y científica; en política, lo real es lo posible y lo que no se ve; las ciencias sociales, sin dejar de atender a presupuestos teóricos generales, se dirigen al estudio de las peculiaridades de cada pueblo; los preceptos generales no pueden aplicarse sin el conocimiento de lo específico; la práctica determina la índole de las medidas a implantar en la búsqueda de soluciones originales a problemas originales; la historia no se repite, pero su estudio crítico brinda elementos para la conformación del proyecto revolucionario y del modelo de sociedad al descubrir las leyes del devenir, puede contribuir a sembrar sentimientos y valores y convertirse en arma ideológica en la lucha emancipadora.

Todo ello está presente en *La historia me absolverá*, y en nada contradice los presupuestos generales de la teoría marxista y leninista.

Notas

1. En esta dirección hemos venido trabajando a propósito de un estudio de algunos aspectos de la obra de Carlos Rafael Rodríguez bajo el título de *José Martí en Carlos Rafael Rodríguez*.

2. No son los marcos de un estudio de esta naturaleza los más propicios para el análisis de los errores y aciertos del primer Partido Comunista de Cuba, que requeriría un enfoque histórico general de la etapa republicana. A este tema se han referido varios dirigentes de esta organización, entre ellos Fabio Grobart, Blas Roca y Carlos Rafael Rodríguez. Se han señalado, por ejemplo: cierta incapacidad para distinguir las posiciones revolucionarias de Guiteras en el contexto del reaccionario gobierno de Batista y Grau; la extemporánea consigna en el orden estratégico de la fundación de soviets a la caída de Machado, las momentáneas confusiones generadas por el brauderismo; el no haber preparado las condiciones necesarias para el inicio de una eventual insurrección con posterioridad al golpe de Estado de 1952, aun cuando se contó con esa posibilidad: el no haber podido librarse totalmente de ciertas concepciones dogmáticas que no contribuían a la unidad por la que siempre lucharon, no obstante, los comunistas. No solo la crítica de estos errores fue prueba del interés de asumir de forma creadora el marxismo y el leninismo en el contexto cubano; en esta dirección habría que destacar la incorporación a la lucha insurreccional encabezada por Fidel Castro, aun cuando inicialmente no se comprendió en toda su profundidad las posibilidades reales de su proyecto revolucionario; o la decisión de disolver el Partido, luego del triunfo de la Revolución, para que sus miembros se incorporaran al proceso de unificación de las organizaciones revolucionarias que dio origen en 1975 al Partido Comunista de Cuba, aun cuando una determinación de esta naturaleza distaba mucho de las ideas prevalecientes entonces en el movimiento comunista internacional. Una valoración de la trayectoria de esta organización requiere de un enfoque totalizador de las condiciones nacionales e internacionales en que nació y desarrolló su labor, pero consideramos acertada la afirmación de Carlos Rafael Rodríguez en cuanto a que, si bien algunos errores fueron graves, el balance final de su actuación es positivo. Véase Fabio Grobart, «Preguntas y respuestas sobre los años 30», en: *Trabajos escogidos*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1980; Blas Roca, *VIII Asamblea Nacional (Partido Socialista Popular)*, La Habana: Ediciones Populares, 1960; Carlos Rafael Rodríguez, *Letra con filo*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1985, Ediciones Unión, 1987.

3. Véase Carlos Rafael Rodríguez, «A manera de excusa», en: *Letra con filo*, Op. cit., v 1.

4. Véase Juan Gualberto Gómez, «La Revolución del 95», en: *Antimperialismo y República*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1970.

5. Véase *Historia del movimiento obrero cubano*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1985; t 1: 188.

6. Véase *Antimperialismo y República*, Op. cit.

7. Véase Carlos Baliño, *Documentos y artículos*, La Habana: Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista, 1975.

8. Véase *Historia del movimiento obrero cubano*, Op. cit.: 145.

9. Véase Julio César Gandarilla, *Contra el yanqui*, prólogo de Julio Le Riverend, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1973.
10. Véase Carmen Almodóvar, *Antología crítica de la historiografía cubana (período colonial)*, La Habana: Editorial Pueblo y Educación, 1989.
11. «El estudio debe terminar con un análisis de los principios generales revolucionarios de Martí, a la luz de los hechos de hoy. El, orgánicamente revolucionario, fue el intérprete de una necesidad social de transformación de un momento dado. Hoy, igualmente revolucionario, habría sido quizás el intérprete de la necesidad social del momento... Martí comprendió bien el papel de la República cuando dijo a uno de sus camaradas de lucha... ¿La Revolución? La Revolución no es la que vamos a iniciar en la manigua, sino la que vamos a desarrollar en la República.» (Julio Antonio Mella, *Documentos y artículos*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975: 269.
12. Véase Julio Antonio Mella, *Documentos y artículos*, Op. cit.
13. Véase Carlos Rafael Rodríguez, «Emilio Roig de Leuchsenring», en: *Letra con filo*, Op. cit., t 3: 433-41.
14. Véase Julio Antonio Mella, «Glosas al pensamiento de José Martí», en: *Documentos y artículos*, Op. cit.
15. «Nueva York en junio», o «Un drama terrible», o las que dedica a la Conferencia Monetaria Internacional. (Véase *Obras completas*, Op. cit., t. XI-XII.
16. Véase Rubén Martínez Villena, *Poesía y prosa*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1978; vol. 2.
17. Precisamente, el hecho de ocupar esa Secretaría, que le permite dictar una medida tan radical, dio origen a la visión equivocada de la izquierda sobre su papel en el gobierno, al suponer que tenía que ver con la aguda represión de la cual era Batista el responsable desde la jefatura del Ejército. Ya fuera del gobierno, y al frente de Joven Cuba, organización antimperialista que crea Guiteras, se establecieron contactos entre este y la dirección del PCC con vistas a la unidad de ambas fuerzas en una acción común contra la dictadura militar. El asesinato de Guiteras impidió su realización. El movimiento revolucionario había aprendido una gran lección: la necesidad de la unidad.
18. Véase Pablo de la Torriente Brau, *Pluma en ristre*, La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1973; *El presidio modelo*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975; Raúl Roa, *La Revolución del 30 se fue a bolina*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1973, *El fuego de la semilla en el surco*, La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1982.
19. Véase Julio Le Riverend, *La República, dependencia y revolución*, La Habana: Instituto del Libro, 1969; Carlos Rafael Rodríguez, *Letra con filo*, Op. cit.
20. Véase *Historia del movimiento obrero cubano*, Op. cit.
21. Véase Juan Marinello, *Martí escritor americano*, La Habana: Imprenta Nacional de Cuba, 1962; *Once ensayos martianos*, La Habana: Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, 1962.
22. Véase *Los fundamentos del socialismo en Cuba*, La Habana: Ediciones Populares, 1961. En esta obra aparece uno de los primeros intentos de enfocar la historia de Cuba a partir de las concepciones marxistas en torno a la teoría de la formación económico-social. Estudios más recientes han matizado estas conclusiones preliminares. Ello, sin embargo, no resta valor al texto, no solo por el resto de su contenido, sino por el hecho mismo de haber planteado el problema. Véase también Carlos Rafael Rodríguez, «Cuba en el tránsito hacia el socialismo», en: *Letra con filo*, Op. cit., t. 2; María del Carmen Barcia, *Burguesía esclavista y abolición*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1987.
23. Véase «Martí, revolucionario radical de su tiempo», en: *Casa de las Américas*, 1973;13(76): 10-21.
24. Véase Carlos Rafael Rodríguez, *Letra con filo*, Op. cit., t 3. Intencionalmente hemos excluido de este estudio «José Martí, contemporáneo y compañero», junto a otros artículos del autor sobre Martí, toda vez que nos hemos circunscrito al período republicano. Véase Carlos Rafael Rodríguez, *Letra con filo*, Op. cit., t 3: 25-49, 463-7.
26. No es posible dejar de mencionar, si de enfoque marxista de la historia de Cuba se trata, a autores de la importancia de Sergio Aguirre y Julio Le Riverend, contemporáneos de Carlos Rafael Rodríguez e iniciadores de los trabajos conducentes a esa nueva historia que el autor consideraba necesario emprender hacia 1943. Véase Sergio Aguirre, *Eco de caminos*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1974; Julio Le Riverend, *Historia económica de Cuba*, La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1974.
27. Véase Carlos Rafael Rodríguez, *Letra con filo*, Op. cit., t 3.
28. Ibid.
29. Ibid.
30. Fidel Castro Ruz, «Discurso en el Centenario del natalicio de Lenin», La Habana: Ediciones COR, 1970.
31. Véase Mirta Aguirre, Isabel Monal y Denia García Ronda, *El leninismo en La historia me absolverá*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1980.
32. Véase Carlos Rafael Rodríguez, «José Martí contemporáneo y compañero», en: *Letra con filo*, Op. cit., t 3: 227-53.
33. Véase Fidel Castro Ruz, *La historia me absolverá*, La Habana: Ediciones Políticas, 1967.
34. Véase Raúl Castro Ruz, «Discurso en el VIII Aniversario del 26 de Julio», La Habana: Ediciones COR, 1964; Fidel Castro Ruz «Discurso en la Universidad Carolina de Praga», junio 22 de 1972, La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1972; Carlos Rafael Rodríguez, «Cuba en el tránsito al socialismo», en: *Letra con filo*, Op. cit., t 2: 293-407.
35. Véase Mirta Aguirre, Isabel Monal y Denia García Ronda, *El leninismo en La historia me absolverá*, Op. cit.
36. Ibid.
37. Véase Olivia Miranda, *José Martí en Carlos Rafael Rodríguez*, (en proceso editorial).